

El capital como Espíritu

Kojin Karatani

1.

En el epílogo a la segunda edición (1873) de *El capital*, Marx se refiere a Hegel con elogios, mientras los demás lo trataban como un «perro muerto». Lo hizo a pesar de haber criticado casi treinta años atrás el aspecto mistificador de la dialéctica hegeliana, cuando ésta estaba de moda: «Me declaré abiertamente, pues, discípulo de aquel gran pensador, y llegué incluso a coquetear aquí y allá, en el capítulo acerca de la teoría del valor, con el modo de expresión que le es peculiar. La manifestación que sufre la dialéctica en manos de Hegel, en modo alguno obsta para que haya sido él quien, por vez primera, expuso de manera amplia y consciente las formas generales del movimiento de aquélla. En él la dialéctica está puesta al revés. Es necesario darla vuelta, para descubrir así el núcleo racional que se oculta bajo la envoltura mística».¹

Este famoso comentario resulta engañoso en varios puntos, ya que Marx había intentado, en cierto sentido, «invertir» la lógica hegeliana desde su juventud. Sin embargo, la inversión que hace de Hegel en *El capital* es de una naturaleza distinta a la que había hecho hasta entonces, y es precisamente la propia de Marx.

En la *Contribución de la crítica de la filosofía del derecho de Hegel* (1843-44) y los *Manuscritos: economía y filosofía* (1844), el joven Marx dio vuelta la postura idealista de Hegel. Sin embargo, lo hizo basándose fundamentalmente en Feuerbach, cuyo materialismo carecía de la «actividad sensible» que, aunque de manera idealista, Hegel había captado. Por esta razón, al cabo de poco tiempo Marx comentaría lo siguiente: «El defecto fundamental de todo el materialismo anterior —incluido el de Feuerbach— es que sólo concibe las cosas, la realidad, lo sensible, bajo la forma de *objeto* o de *intuición*, pero no como *actividad sensiblemente humana*, no como *práctica* [*Praxis*], no de un modo subjetivo. De aquí que el lado activo fuese desarrollado por el idealismo, en contraposición con el materialismo, pero sólo de un modo abstracto, ya que el idealismo, naturalmente, no conoce la actividad real, sensible, como tal».²

¹ Karl Marx, *El capital*, Tomo I / Vol.1, México, Siglo XXI, 2008, p. 20 [Epílogo a la Segunda Edición].

² «Tesis sobre Feuerbach (1845)» en Karl Marx, *Antología*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015, p. 107 [Tesis I].

Posteriormente, en *La ideología alemana* (1845-46), Marx y Engels propusieron el materialismo histórico en oposición a la idealista filosofía de la historia de Hegel, que capta la historia como un proceso mediante el cual la Idea o el Espíritu se realiza a sí mismo. El materialismo histórico asume la perspectiva que considera a la historia como una actividad o producción sensiblemente humana, para poder interpretarla como producto de la lucha de clases que surge a partir de las relaciones productivas. Esta perspectiva, sin embargo, fue introducida bajo la iniciativa de Engels. Aunque Marx estaba básicamente de acuerdo con él, sus obras propias demuestran, como se ve en *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, sutiles diferencias a partir del materialismo histórico. Efectivamente, el enigma que Marx afrontó en esta obra —el hecho de que un hombre quien, salvo por ser nieto de Napoleón, era un don nadie hasta el momento de la Revolución de 1848, llegara a ser presidente y luego emperador— fue irresoluble dentro del marco del modo de producción o de la lucha de clases.

En el momento en que Marx se dirigió a la crítica de la economía política, el materialismo histórico no le significaba más que un «hilo conductor».³ La crítica de Marx a Hegel en *El capital*, que es diferente de sus críticas anteriores, es precisamente la auténtica crítica marxiana. En esta obra, Marx siguió fielmente la narración de Hegel, no sólo por «aquí y allá, en el capítulo acerca de la teoría del valor», sino también en la totalidad del sistema de *El capital*, que se inicia con el análisis de la mercancía.

En el mismo epílogo que he citado más arriba, Marx continúa: «En su forma mistificada, la dialéctica estuvo en boga en Alemania, porque parecía glorificar lo existente. En su figura racional, es escándalo y abominación para la burguesía y sus portavoces doctrinarios, porque en la intelección positiva de lo existente incluye también, al propio tiempo, la inteligencia de su negación, de su necesaria ruina; porque concibe toda forma desarrollada en el fluir de su movimiento».⁴ Es decir, *El capital* es un intento de cumplir, respecto al capitalismo, la «inteligencia de su negación, de su necesaria ruina» a través de la «intelección positiva» del proceso de su génesis.

Si queremos ver aquí una inversión materialista de la lógica hegeliana, ella se encuentra en la transformación del sujeto que se desarrolla dialécticamente: del «Espíritu» al «Capital». En otras palabras, se ha captado en *El capital* el desarrollo dialéctico del fetiche de la mercancía al fetiche del capital. En lugar de criticar la perversión idealista de Hegel, Marx intentó aquí, siguiendo a propósito su lógica, observar cómo se establece la otra perversión idealista conocida como economía capitalista.

³ «Contribución a la crítica de la economía política (Prólogo)» en *Ibid.*, p. 248.

⁴ Marx, *op. cit.*, p. 20 [Epílogo a la Segunda Edición].

En concreto, en *El capital* Marx intentó captar el poder ideal que existe en la forma de dinero o de crédito, partiendo no desde el punto de vista de producción al que el materialismo histórico daba importancia, sino desde el punto de vista del intercambio, que el mismo materialismo menospreciaba. De hecho, en dicha obra, Marx no comenzó su análisis por la relación productiva entre el capitalista y el obrero asalariado, sino por el intercambio de mercancías y la relación entre la mercancía y el dinero, mostrando que la relación productiva en la sociedad capitalista se establece a través de la relación conmutativa entre el dinero y la mercancía.

En el convencional materialismo histórico, se ha considerado que la superestructura político-ideal, como el Estado y la religión, es una estructura relativamente autónoma, aún cuando es sobredeterminada por la infraestructura económica. Sin embargo, esta perspectiva no puede mostrar el hecho de que la economía capitalista depende del poder fetichista del dinero o del crédito. Ésta es la razón por la cual el punto de partida de Marx, en *El capital*, es el intercambio. Y lo mismo se puede decir en cuanto a las sociedades precapitalistas, donde lo que predomina es, por supuesto, un modo de intercambio diferente del intercambio de mercancías. Por ejemplo, en la sociedad primitiva, el modo de intercambio recíproco es fundamental. En este sentido, podemos decir que la superestructura ideal de la sociedad primitiva está determinada directamente por la infraestructura económica.⁵

2.

Lo cierto es que, no obstante lo mencionado, *El capital* no está escrito de la manera expuesta, o por lo menos, su verdadera intención queda velada. La razón es que, de una u otra forma, en esta obra están entretnejidos los anteriores supuestos del materialismo histórico y de la economía clásica en la que éste se basa. Esta mezcla ha provocado que los lectores descuidaran la singularidad de la misma obra. Al inicio de ésta, por ejemplo, Marx presenta la teoría del valor-trabajo que procede de la economía clásica, pero pasa inmediatamente a un análisis diferente: aborda el valor de la mercancía a partir del intercambio y de la forma de valor. Es

⁵ En *La estructura de la historia mundial* (edición japonesa 2010; edición inglesa 2014), he propuesto el punto de vista que interpreta la historia de las formaciones sociales como la combinación de los distintos modos de intercambio. Fue un intento de ampliar la observación de Marx en *El capital* —el estudio de la sociedad capitalista en base al modo de intercambio C (mercantil)— a la totalidad de la historia mundial. Los modos de intercambio se clasifican en cuatro: A (don y contradón), B (sumisión y protección), C (dinero y mercancía) y D (superación de A, B y C). En este artículo reconsideraré mi teoría, enfocando exclusivamente el modo de intercambio C.

decir, contempla allí la génesis del dinero y del capital independientemente de la teoría del valor-trabajo. No obstante, a causa de la presentación de dicha teoría en el inicio del libro, no solamente surgieron variados malentendidos, sino que los lectores no se han dado cuenta por qué *El capital* es una descripción sistemática que comienza por el análisis de la mercancía.

A partir de Adam Smith, los economistas clásicos identificaron el valor de mercancía con la cantidad de trabajo invertido para su producción, considerando el dinero como indicador de este valor-trabajo. Con esta perspectiva rechazaron las teorías que anteriormente predominaban, es decir, el mercantilismo y el bullionismo. En otras palabras, los economistas clásicos criticaron, de manera ilustrada, la superstición religiosa en la economía. En este sentido, la aplicación de la crítica feuerbachiana de la religión a la ciencia económica por parte del joven Marx representa una continuación del pensamiento de la economía clásica, y no, como se podría pensar, su superación. Lo mismo se puede decir de los socialistas contemporáneos. Por ejemplo, los ricardianos de izquierda y los socialistas como Robert Owen y Proudhon pensaron que el capitalismo se podría superar a través del uso de los vales de trabajo como sustitutos del dinero.

Por contraste, el Marx de la etapa de *El capital* no resolvió el problema del dinero con la facilidad con la que lo hicieron los economistas clásicos, aunque valoró su teoría de valor-trabajo. La razón es que el secreto del capitalismo se oculta precisamente en el dinero. En este sentido, Marx trató de pensar remontándose al bullionismo y al mercantilismo que Smith había rechazado con burla. Efectivamente, los bullionistas presuponen que el dinero tiene su propio poder: el derecho a obtener otros objetos con él. Y la pulsión de acumular este poder provoca el movimiento del capital. Pero ¿por qué el dinero tiene tal poder?

En su juventud, citando el *Timón de Atenas* de Shakespeare, Marx señaló que había observado la peculiaridad del dinero en los siguientes puntos:

Shakespeare destaca especialmente dos propiedades en el dinero:

1º) Es la divinidad visible, la transmutación de todas las propiedades humanas y naturales en su contrario, la confusión e inversión universal de todas las cosas; hermana las imposibilidades;

2º) Es la puta universal, el universal alcahuete de los hombres y de los pueblos.

La inversión y confusión de todas las cualidades humanas y naturales, la conjugación de las imposibilidades; la fuerza *divina* del dinero radica en su *esencia* en

tanto que esencia genérica extrañada, enajenante y autoenajenante del hombre. Es el *poder* enajenado de la *humanidad*.⁶

Ésta es, evidentemente, una aplicación de la crítica feuerbachiana de la religión al dinero. Y de la misma manera en que la teoría de Feuerbach, que invierte materialistamente a Hegel, está dentro del marco de la filosofía hegeliana, aquí Marx permanece dentro del marco de la economía clásica, a pesar de su grandiosa crítica a ella.

Sin embargo, el pensamiento de Marx en *El capital* es diferente. Incluyendo a Shakespeare, lo cierto es que no pocas personas han abordado el enigma del dinero, pero Marx es la primera persona en estudiarlo a partir de la mercancía, que es algo común y corriente. «A primera vista, una *mercancía* parece ser una cosa trivial, de comprensión inmediata. Su análisis demuestra que es un objeto endemoniado, rico en sutilezas metafísicas y reticencias teológicas».⁷ La mercancía no es una mera cosa, sino que es la forma que la cosa toma cuando experimenta el intercambio. Al ser intercambiada, la cosa ordinaria y sensible «se trasmuta en cosa sensorialmente suprasensible»,⁸ pues algo espiritual se le adhiere a ella: «esto [...] se adhiere a los productos del trabajo no bien se los produce como mercancías, y que es inseparable de la producción mercantil».⁹ Marx lo llamó «fetiche»: «El *enigma* que encierra el *fetiche del dinero* no es más, pues, que el *enigma*, ahora visible y deslumbrante, que encierra el *fetiche de la mercancía*».¹⁰

Considerar el fetiche de la mercancía es, por supuesto, investigar fundamentalmente el intercambio de mercancías. Aunque Marx parece centrar su atención en la producción, su objetivo es, incluso en este caso, la «producción mercantil», es decir, una producción que se lleva a cabo con el propósito de intercambiar las mercancías: «el valor de uso de las cosas se realiza para el hombre *sin intercambio*, o sea en la relación directa entre la cosa y el hombre, mientras que su valor, por el contrario, sólo en el *intercambio*, o sea en el proceso *social*».¹¹ Por

⁶ Karl Marx, *Manuscritos: economía y filosofía*, Madrid, Alianza, 1980, p. 179 [Tercer Manuscrito].

⁷ Karl Marx, *El capital*, Tomo I / Vol.1, México, Siglo XXI, 2008, p. 87 [Libro Primero, Sección Primera, Capítulo I].

⁸ *Ibid.*, p. 87 [Libro Primero, Sección Primera, Capítulo I].

⁹ *Ibid.*, p. 89 [Libro Primero, Sección Primera, Capítulo I].

¹⁰ *Ibid.*, p. 113 [Libro Primero, Sección Primera, Capítulo II].

¹¹ *Ibid.*, p. 102 [Libro Primero, Sección Primera, Capítulo I].

lo tanto, la clave para resolver el enigma de la mercancía no debe ser buscada en la producción, sino exclusivamente en el intercambio. Las personas acostumbradas a la economía de mercado dan por sentado que el dinero se generó a partir del intercambio de mercancías. Sin embargo, necesitamos plantear la cuestión de cómo se estableció originalmente el intercambio de cosas.

Marx subrayó que el intercambio de mercancías se lleva a cabo entre una comunidad y su exterior: «El intercambio de mercancías comienza donde terminan las entidades comunitarias, en sus puntos de contacto con otras entidades comunitarias o con miembros de éstas».¹² Pero esto no se limita al intercambio de mercancías. La situación es la misma en el caso del intercambio recíproco. En el interior de la comunidad no se lleva a cabo el «intercambio». Los productos están siempre sujetos a la puesta en común para ser distribuidos equitativamente entre los miembros. Aún hoy, tal comunidad persiste bajo la forma de la familia. Por consiguiente, debemos prestar atención al hecho de que cualquier intercambio —sea el intercambio recíproco o el intercambio de mercancías— comienza entre distintas comunidades. En otras palabras, comienza con personas externas, desconocidas y no confiables. En esta condición, ¿cómo se hace posible el intercambio?

El antropólogo Marcel Mauss consideró el intercambio recíproco de dones como la forma originaria del intercambio. En este intercambio, según él, a la cosa donada se adhiere un espíritu, que obliga a la gente a recibir y corresponder al don. Mauss llamó este espíritu *hau*, siguiendo la denominación de los maoríes. Por lo tanto, la cosa donada acompaña un derecho o poder que exige el intercambio. En el intercambio recíproco de dones, las cosas son intercambiadas como consecuencia, pero lo que lo posibilita es el poder del espíritu que se adhiere a las cosas. El valor de cambio de una cosa significa el poder otorgado por el espíritu que se adhiere a la cosa. Podemos decir que, cuando Marx llamó «fetiché» al valor de la mercancía, se remontó a este momento originario del intercambio.

A este respecto, es muy interesante que en el mismo período en que Marx se entregaba a la redacción de *El capital*, dos importantes libros se publicaban en Inglaterra. Uno es *El origen de las especies* (1859) de Charles Darwin, que llegaría a consolidar el punto de vista «histórico-natural» de Marx. Es bien sabido que Marx ofreció el primer volumen de *El capital* a Darwin. En cambio, lo que se conoce muy poco es que después de la publicación del mismo volumen (1867), el antropólogo británico Edward Burnett Tylor publicó su *Cultura Primitiva* (1871), en el que buscó la forma originaria de la religión en la creencia en los entes espirituales y los denominó «ánima».¹³ A partir de esta disertación sobre el animismo, el poder mágico de aquel

¹² *Ibid.*, p. 107 [Libro Primero, Sección Primera, Capítulo II].

¹³ Edward B. Tylor, *Cultura primitiva: Los orígenes de la cultura*, Madrid, Ayuso, 1976.

ente ha sido el foco de atención en la antropología, a pesar de que la idea de Tylor recibió varias críticas y modificaciones incluyendo la propuesta del animatismo (pre-animismo) por Robert Ranulph Marett.¹⁴ Huelga decir que lo que Mauss denominó *hau* es exactamente una suerte de esta ánima.

No obstante lo dicho, debemos prestar atención al hecho de que Marx tenía en mente una idea similar cuando mencionó al fetiche de la mercancía. El fetiche no es una mera metáfora, por lo que no podemos dejarlo de lado al considerar el intercambio. El fetiche de la mercancía no es un biproducto contingente del intercambio, sino que ha existido como su elemento imprescindible. La razón es que el intercambio entre los desconocidos requiere algún poder que garantice su ejecución. En la época en que no existía ni Estado ni ley, lo que otorgó este poder fue el poder espiritual que se adhería a la cosa, es decir, el fetiche. Asimismo, el «crédito» también derivó de él. Mauss argumenta:

Ahora bien, el don implica necesariamente la noción de crédito. La evolución no hizo pasar el derecho de la economía del trueque a la venta y ésta del contado al plazo. Fue sobre la base de un sistema de regalos hechos con devolución a plazo como se han edificado, por un lado, el trueque —por simplificación, por aproximación de tiempos antes separados—, y, por otro lado, la compra y la venta, ésta a plazo y al contado, y también el préstamo.¹⁵

El crédito no se desarrolló a partir del trueque, sino al contrario. La compraventa también se basa en el crédito, lo que implica que el dinero surgió a partir de éste. Por consiguiente, debemos concluir que el intercambio de dones precedió lógicamente al trueque. Por ejemplo, el intercambio Kula de las islas Trobriand es un intercambio de dones, pero acompaña al intercambio de mercancías que se lleva a cabo posteriormente. En otras palabras, lo que posibilita al trueque es el intercambio de dones que establece la amistad entre las distintas

¹⁴ Marett criticó la noción del animismo de su maestro Tylor: los entes espirituales de Tylor son personales e inteligibles, pero existe otro tipo de poder impersonal e ininteligible, al que Marett denominó *mana*. A este respecto, el *hau* de Mauss, el poder que funciona en el intercambio de dones es preanimista como el *mana*. De esta forma, el fetiche de la mercancía de Marx correspondería al ente espiritual de Marett. Es el poder que se desarrolla para transformarse en dinero y capital.

¹⁵ Marcel Mauss, *Ensayo sobre el don: forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*, Buenos Aires, Katz, 2012, p. 146.

comunidades. Por lo general, dado que el intercambio se realiza entre las comunidades, necesita algo que lo garantice: el poder espiritual que se adhiere a las cosas intercambiables. Esto es lo que Marx llamó fetiche.

En segundo lugar, consideremos el sitio en el que se llevaba a cabo el intercambio entre las comunidades. Lo que llamamos mercado tiene su origen en él. Un caso que ejemplifica la forma originaria del mercado es el comercio silencioso: las dos partes involucradas ponen sus artículos en cierto lugar sin contactos directos, y cuando ambas partes se quedan satisfechas con el artículo de su contraparte, se establece la transacción. Acerca de esta actividad, Philip James Hamilton Grierson escribió un libro clásico en base a la investigación sobre el comercio silencioso en variados lugares del mundo (*El comercio silencioso*, 1903).¹⁶ Según él, para celebrar este comercio se escogen ciertos locales tales como zonas neutrales o sitios sagrados con el propósito de asegurar la neutralidad. Y tales locales son el arquetipo del mercado. El mercado era, originalmente, un lugar donde los foráneos (los visitantes) recibían amparo y ciertas comodidades, dando lugar al establecimiento de un espacio social que conectaba a múltiples comunidades.

Se considera generalmente que el dinero surgió a partir del intercambio de mercancías en el mercado. Esto no es erróneo, pero debemos tener en cuenta que este mismo «mercado» es un espacio especial, el «espacio social, sagrado y neutral» donde no puede ocurrir ninguna invasión ni saqueo por parte del Estado o de la tribu. La noción de «superioridad del mercado» tiene su origen en este hecho. El mercado no se estableció con protección estatal ni jurídica, sino que era, originalmente, un espacio sagrado en el que ningún Estado podía intervenir. Por ejemplo, el establecimiento de las ciudades libres en la Europa de la Edad Media se debió precisamente a este poder del mercado.

Muchas personas traen una variedad de bienes al mercado. No obstante, es muy raro que puedan realizar el trueque allí, pues, por ejemplo, los productos varían en muchos casos, dependiendo de la estación del año. Por esta razón, el crédito es imprescindible en el mercado, es decir, el aplazamiento del cierre del trueque. En este acto, quien recibe los bienes ofrece al dador algún símbolo como prueba del recibo. Con este símbolo uno tiene el derecho a poseer bienes, pero también puede transferirlo a otro para obtener distintos bienes. Dicho símbolo funcionaba como dinero. En este sentido, el dinero ha existido, desde un tiempo remoto, como dinero crediticio.

¹⁶ Philip James Hamilton Grierson, *The Silent Trade: A Contribution to the Early History of Human Intercourse*, New York, Cornell University Library, 2009.

3.

El valor de cambio (el poder adquisitivo) del dinero deriva del hecho de que es de por sí un fetiche. Sin embargo, para convertirse en el fetiche del dinero, el fetiche de la mercancía tiene que pasar cierto proceso, que es lo que Marx desplegó bajo el nombre de la forma de valor. Por cierto, la forma de valor de una mercancía se refiere al estado del valor (el espíritu) adherido a una mercancía. En la teoría de la forma de valor, Marx explicó el establecimiento del fetiche del dinero de la siguiente manera: aun si cada mercancía, como fetiche, tiene el derecho a o el poder de ser trocada por otras mercancías, esto no siempre es viable. Entonces las mercancías resolvieron este problema colaborando entre sí, exceptuando una sola mercancía en calidad de equivalente general. Esta mercancía exceptuada es el dinero: «*la forma de dinero* no es más que el *reflejo*, adherido a una mercancía, de las relaciones entre todas las demás mercancías». ¹⁷ Aunque el dinero no era más que una mercancía, llegó a considerarse como si fuese algo especial. «Una mercancía no parece transformarse en dinero porque todas las demás mercancías representen en ella sus valores, sino que, a la inversa, éstas parecen representar en ella sus valores porque ella es *dinero*». ¹⁸

Marx explicó el proceso en el que sucedió la mencionada situación, no históricamente, sino como un contrato social de las mercancías. En otras palabras, podemos decir que siguió el mismo método que Hobbes había empleado para explicar la génesis del soberano del Estado. La similitud entre la explicación de Hobbes y la de Marx reside en los siguientes puntos. Primero, ambas no son estudios históricos, sino que se basan en el experimento mental: «Cuando analizamos las formas económicas, [...] no podemos servirnos del microscopio ni de reactivos químicos. La facultad de abstraer debe hacer las veces del uno y los otros. Para la sociedad burguesa la *forma de mercancía*, adoptada por el producto del trabajo, o la *forma de valor* de la mercancía, es la *forma celular económica*». ¹⁹ Segundo, en la perspectiva de Hobbes, bajo la condición natural todas las personas tienen un derecho natural libre e igual, lo que, sin embargo, acarrea la «lucha de todos contra todos». Entonces, crearon el estado de paz transfiriendo el derecho natural de cada uno, a una sola persona: el soberano. Hobbes también lo llamó Leviatán, es decir, esa persona exceptuada se transformó en la «bestia». Por otra parte, al explicar el mencionado proceso, Marx cita las siguientes palabras del *Apocalipsis*. «Éstos tienen un mismo propósito, y entregarán su poder y su autoridad a la bestia. [...] Y que ninguno

¹⁷ Karl Marx, *El capital*, Tomo I / Vol.1, México, Siglo XXI, 2008, p. 115 [Libro Primero, Sección Primera, Capítulo II].

¹⁸ *Ibid.*, p. 113 [Libro Primero, Sección Primera, Capítulo II].

¹⁹ *Ibid.*, p. 6 [Prólogo a la primera edición].

pudiese comprar ni vender, sino el que tuviese la marca o el nombre de la bestia, o el número de su nombre».²⁰

La similitud de estas explicaciones no debe dejar de admitir que entre ambas hay una diferencia definitiva: el contrato social sobre el cual Hobbes basa su explicación se fundamenta en el modo de intercambio B, mientras que el de Marx se basa en el modo de intercambio C. En el caso del primero, el poder que cada uno transfiere en el contrato social es, en definitiva, el poder de obligar la voluntad de sí mismo a otras personas. En el caso del último, lo que cada mercancía transfiere es el poder (derecho) del llamado valor de cambio. En el contrato social de Hobbes, el individuo que tiene todo el poder se convierte en Leviatán. En el contrato social de Marx, la mercancía que monopoliza el derecho de intercambio se convierte en dinero. Desde otro punto de vista, el dinero es una forma desarrollada del espíritu que se adhiere a la mercancía. Es por ello que Marx comenta lo siguiente: «El *enigma* que encierra el *fetichismo del dinero* no es más, pues, que el *enigma*, ahora visible y deslumbrante, que encierra el *fetichismo de la mercancía*».²¹

Mencionaré otra diferencia importante entre ambos contratos sociales: en el de Hobbes, los sujetos son personas, mientras que en el de Marx son mercancías. En *El capital*, el hombre no puede asumir el papel del agente, como el mismo autor dice: «Estas magnitudes [de valor] cambian de manera constante, independientemente de la voluntad, las previsiones o los actos de los sujetos del intercambio. Su propio movimiento social posee para ellos la forma de un movimiento de cosas bajo cuyo control se encuentran, en lugar de controlarlas».²² Pero ¿por qué pasa esto? En las relaciones sociales normales, el hombre es el sujeto consciente. Sin embargo, en el intercambio de mercancías, el sujeto es el fetichismo que se adhiere a la mercancía, al cual el hombre no tiene otra opción que obedecer. Esta perversión se hace más notable en el movimiento de acumulación del capital, y al mismo tiempo, su perversidad se queda oculta. El objetivo de la obra de Marx consistió en sacar esta perversidad a la luz.

4.

Ya habría quedado claro que Marx intentó buscar la clave para descifrar el enigma del capitalismo en el intercambio de mercancías. Esto es, en mis palabras, centrar la atención no en

²⁰ *Ibid.*, p. 106 [Libro Primero, Sección Primera, Capítulo II].

²¹ *Ibid.*, p. 113 [Libro Primero, Sección Primera, Capítulo II].

²² *Ibid.*, p. 91 [Libro Primero, Sección Primera, Capítulo I].

el modo de producción sino en el modo de intercambio. Para la economía clásica, el intercambio era secundario, tanto como para el materialismo histórico. Por contraste, Marx le dio importancia a éste. *El capital* ha cumplido la condición para ser una «crítica de la economía política» —tal como su subtítulo dice— por el hecho de que el autor comenzó por el enigma que los economistas clásicos habían ignorado: el enigma latente en el intercambio. Desde otro punto de vista, el estudio de la economía capitalista en términos del intercambio implicó un retorno al bullionismo y al mercantilismo que dichos economistas habían negado. Para los economistas clásicos, en cuanto al estudio de la economía, el error cometido por los bullionistas-mercantilistas consiste en haberse enfocado más en el intercambio (la circulación) que en la producción. De ahí surge la perversión de desear el valor de cambio (el oro) más que el valor de uso. Sin embargo, Marx descubrió el secreto del capitalismo precisamente en esta perversidad bullionista-mercantilista. En otras palabras, descubrió en el origen del capitalismo un deseo perverso (pulsión).

Marx ubicó el arquetipo del capital en el acaudalado (el avaro). Lo que el acaudalado desea no es el valor de uso sino el valor de cambio, es decir, el derecho (poder) de obtener el valor de uso cuando quiera. La acumulación del valor de uso (cosas) tiene límites, pero el valor de cambio se puede acumular sin límite. En este sentido, podemos decir que la acumulación se inicia esencialmente con el dinero, y bajo la forma de acumulación del dinero. Pero ¿cómo es posible la acumulación del valor de cambio? Exclusivamente por no gastarlo: «De ahí que el acaudalado sacrifique al fetiche del oro sus apetitos carnales. Aplica con toda seriedad el evangelio de la abstinencia».²³

Luego Marx argumenta sobre el capital comercial. Mientras que el acaudalado acumula dinero ascéticamente, el mercader compra algo con dinero y lo vende para obtener más dinero. Según las palabras de Marx, el capitalista es el acaudalado racional y el acaudalado es el capitalista insensato.²⁴ En cuanto a ser acaudalado racional, el capitalista industrial también comparte la misma naturaleza. Max Weber relacionó la ética abstinentista del protestantismo con el «espíritu» del capitalismo. Lo hizo con la intención de apuntar la dimensión relativamente autónoma de la superestructura ideal, que el materialismo histórico no podía explicar. Sin embargo, Weber no logró ver el hecho de que, en esencia, el capital industrial es perverso y una forma desarrollada del acaudalado; que su «espíritu» es una forma desarrollada del «fetiche»; y por encima de todo, que Marx ya lo había señalado.

²³ *Ibid.*, p. 163 [Libro Primero, Sección Primera, Capítulo III].

²⁴ *Ibid.*, p. 187 [Libro Primero, Sección Segunda, Capítulo IV].

Marx utilizó de esta manera la religión como una metáfora, no para burlarse de tales actos sino porque en ellos se encuentra un problema esencialmente similar a la religión. Dice, por ejemplo, acerca de la «metamorfosis» de la mercancía (M) al dinero (D): «M—D. *Primera metamorfosis de la mercancía, o venta*. Como lo he indicado en otro lugar, el salto que el *valor* mercantil da desde el cuerpo de la mercancía al del oro, es el *salto mortale* de la mercancía. Si fracasa, la que se verá chasqueada no será precisamente la mercancía sino su poseedor».²⁵ Sin embargo, la que se verá verdaderamente chasqueada será la mercancía, pues ésta se desecha si no se vende.

He tratado antes este problema, uniendo el «*salto mortale*» (salto mortal) de la mercancía con el argumento de Kierkegaard sobre la creencia.²⁶ En resumidas cuentas, cuando una mercancía no logra llevar a cabo el «salto mortal», no tiene otra opción que quedarse en la «enfermedad mortal» (la desesperación). El capital también conlleva el mismo problema, lo que no se pone de manifiesto habitualmente. En la práctica, la compraventa se lleva a cabo mediante el crédito. Es decir, las cosas proceden dando por sentado que la mercancía ya se ha vendido. Pero al final tiene que hacerse la liquidación. Es en este momento cuando la crisis sale a la superficie. Marx ubica la «posibilidad» de la crisis en esta clase de intercambio que se basa en el crédito: «Estas formas entrañan la posibilidad, pero únicamente la posibilidad, de las crisis».²⁷

Por otra parte, Adam Smith jamás prestó atención a tal problema. Le era natural que las mercancías se intercambiaran de manera equivalente. De ahí su crítica al capital comercial por adquirir ganancias comprando barato y vendiendo caro, y su apología del capital industrial por hacer lo mismo a través del intercambio equivalente. Esto representaba, por supuesto, la crítica de la economía clásico-liberal hacia el mercantilismo. Según los economistas clásicos, la ganancia del capital industrial no deriva del proceso de intercambio (circulación), sino del proceso de producción. En otras palabras, la ganancia se adquiere mejorando la productividad a través de la división del trabajo y la cooperación. Es natural y justo que el capitalista obtenga la parte incrementada gracias a dicha mejora, porque fue él quien preparó los medios de producción y las materias primas, junto con la organización del sistema laboral. En torno a este punto, sin embargo, algunos criticaron que el capital industrial estaba explotando el reparto que los obreros debían tomar: los socialistas ricardianos.

²⁵ *Ibid.*, p. 129 [Libro Primero, Sección Primera, Capítulo III].

²⁶ Kojin Karatani, *Transcritique: on Kant and Marx*, Cambridge, MIT Press, 2003, pp. 8, 106, 189-190 y 331.

²⁷ Marx, *op. cit.*, p. 139 [Libro Primero, Sección Primera, Capítulo III].

En un sentido, el brote de esta idea estaba latente en la misma teoría de Ricardo, siendo el empobrecimiento real de los obreros lo que la sacó a la luz. Fueron los socialistas ricardianos los que primero propusieron la teoría del plusvalor y de la explotación. Además, estimulados por ellos, Owen y Proudhon comenzaron los movimientos socialistas, considerando que podían superar el capitalismo a través de la reorganización del proceso de producción. Sin embargo, ellos no consideraron la economía capitalista en su conjunto. Podemos decir que ellos pertenecían esencialmente a la escuela de la economía clásica (la economía política), aun cuando eran críticos a la misma. Desde otro punto de vista, no prestaron atención al problema del «salto mortal» que el «intercambio» abarca en su fundamento, lo que también significa que ignoraron la obsesión que el intercambio tenía por el fetiche.

Generalmente se considera que Marx subrayó la idea de que el capital explota a los obreros en el proceso de producción. Sin embargo, en cuanto a tal idea, Marx no era ni su precursor, ni tampoco contribuyó con su idea original. Su originalidad reside en la postura expresada en *El capital* que, en lugar de basarse en el proceso de producción como los economistas clásicos lo hicieron, se remontó a lo que ellos habían rechazado: el punto de vista del mercantilismo o el proceso de circulación. De aquí su declaración de que el capital es, fundamentalmente, el capital comercial. El capital prolifera adquiriendo el plusvalor a través del intercambio, lo que es válido también para el capital industrial. Por lo tanto, puede presentar, de manera general, la forma de acumulación del capital bajo la fórmula $D—M—D'$.

Marx presenta la siguiente antinomia: «El capital, por ende, no puede surgir de la circulación, y es igualmente imposible que no surja de la circulación. Tiene que brotar al mismo tiempo en ella y no en ella».²⁸ Esta antinomia puede resolverse cuando suponemos la siguiente situación: la circulación (el intercambio) se lleva a cabo entre los diferentes sistemas sincrónicos (los sistemas de valores interrelacionados de mercancías).²⁹

²⁸ *Ibid.*, p. 202 [Libro Primero, Sección Segunda, Capítulo IV].

²⁹ Después de presentar la teoría del valor-trabajo en el inicio de *El capital*, Marx la puso entre paréntesis al relatar la génesis de la forma de dinero a partir de la forma de valor de la mercancía. ¿Qué significa esto? El concepto del valor-trabajo de los economistas clásicos es, en realidad, una paráfrasis del valor de cada mercancía, que es indicado por el dinero, en términos del tiempo de trabajo. Es decir, dichos economistas pensaron como si el valor-trabajo inmanente a cada mercancía fuese indicado por la cantidad de dinero, y como si el dinero no tuviera ningún misterio. En contraste, Marx demuestra que el valor de una mercancía se determina dentro del sistema de interrelación de todas las mercancías, incluyendo la mercancía dineraria (el equivalente general). La mercancía por sí misma no tiene ningún valor inmanente que trascienda tal sistema de interrelación. Por esta razón, un artículo tiene diferentes valores cuando se pone en otros sistemas de interrelación. Es el intercambio entre diferentes sistemas de

Es cierto que los mercaderes obtienen el plusvalor comprando una cosa barata y vendiéndola más cara. Sin embargo, no se les debe considerar como si fueran estafadores malvados que practican el intercambio no equivalente. El valor de una cosa se determina dentro del sistema de valor interrelacionado de todas las mercancías, donde ésta se sitúa. Por esta razón, la misma cosa puede ser barata en algún lugar y cara en otro. La proliferación del capital, o sea, la adquisición del plusvalor, es factible cuando se compra una cosa en alguna región donde ésta es barata y se vende en otra donde es cara. En ambas regiones se lleva a cabo el intercambio equivalente, que se basa en el acuerdo mutuo. A grandes rasgos, podemos concluir que el capital comercial obtiene el plusvalor a partir de la diferencia espacial entre los sistemas de valor. El comercio a larga distancia llegó a ser el prototipo del capitalismo comercial pues, cuando se trata de lugares lejanos, la diferencia entre distintos sistemas de valor es generalmente amplia.³⁰

En esencia, el capital industrial es lo mismo que el capital comercial. Es absurdo pensar, como lo hicieron los economistas clásicos, que el capital comercial obtiene el margen de ganancias únicamente a través del intercambio. Para encontrar las diferencias entre los distintos sistemas, se requieren la creatividad, la perspicacia, la información y la aventura. En este sentido, no es del todo imposible interpretar la ganancia que obtiene un capitalista comercial como si fuese la remuneración de sus «méritos». La única diferencia entre el capital industrial y el capital comercial reside en el hecho de que el primero descubrió una nueva mercancía que el último no pudo encontrar: la mercancía fuerza de trabajo. Dicho en términos concretos, descubrió a los obreros que trabajan para ganar un salario.

Los obreros asalariados son diferentes de los esclavos o de los siervos. Si empleamos la expresión de Marx, son «libres» en su doble sentido, es decir, están liberados de las restricciones feudales y al mismo tiempo son privados de los medios de producción. En primer lugar, basándose en un acuerdo, los obreros asalariados venden su fuerza de trabajo como mercancía para ganar un salario. De esta forma, no están obligados a trabajar como los esclavos o los siervos. En segundo lugar, como carecen de los medios de producción, tienen que volver a

interrelación —sea espacial o temporal la diferencia— el que produce el margen de ganancias (el plusvalor).

³⁰ En *Civilización material, economía y capitalismo*, Braudel hizo una distinción entre el capitalismo y el mercado. El mercado es un espacio de intercambio, que se compone de ciudadanos, agricultores y comerciantes minoristas. Allí las transacciones realizadas son básicamente intercambios equivalentes, por lo que es difícil obtener muchas ganancias. Por contraste, el capitalismo es el método que busca obtener ganancias gigantescas a través del comercio a larga distancia. Véase Fernand Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo: Siglos XV-XVIII, 2. Los juegos del intercambio*, Madrid, Alianza, 1984.

comprar los productos que ellos mismos han producido, con el salario que ganaron como contraprestación de la venta de su fuerza de trabajo.

Estos puntos son importantes en el siguiente sentido: mientras que el capital comercial vende principalmente artículos de lujo, el capital industrial vende los artículos de uso cotidiano que los mismos obreros compran. Además, el capital ya no necesita viajar hasta lugares lejanos. La acumulación del capital industrial se lleva a cabo, en el proceso mediante el cual los obreros vuelven a comprar, como consumidores, los productos que ellos mismos han producido. Allí surge el margen de ganancias. En los *Grundrisse*, Marx subraya que el plusvalor se genera a través del proceso en que los obreros vuelven a comprar sus productos en calidad de consumidores.³¹ Sin embargo, este punto de vista ha desaparecido en *El capital*, que describe el plusvalor como si fuera obtenido a través del «intercambio desigual» o de la «explotación», tal como la extensión del tiempo laboral en el sitio de producción. Marx denominó a esto «plusvalor absoluto», pero este punto de vista no supera al de los socialistas ricardianos.

Por otra parte, en la misma obra, el concepto que propuso Marx como lo propio del capital industrial es el «plusvalor relativo»: el margen de ganancias que se obtiene a través de la innovación tecnológica que mejora la productividad del trabajo, a la vez que se produce una disminución relativa de los sueldos. De forma detallada, el sueldo de los obreros en el mercado laboral se determina por el acuerdo entre el capital y los obreros (o los sindicatos). Sin embargo, está fijado fundamentalmente por la productividad laboral, que corresponde a cierto nivel de tecnología. De esta manera, el capital mejora la productividad laboral a través de la innovación tecnológica, de modo tal que los obreros producirán más que el sueldo que ganan según lo pactado en el contrato. En este caso, los obreros no se dan cuenta de que están realmente «explotados».

Podemos decir que la acumulación del capital industrial se realiza principalmente obteniendo el plusvalor relativo, posibilitado por la innovación tecnológica que cambia el sistema de valor de las mercancías. Por contraste, el capital comercial obtuvo el plusvalor en la época en que había poco lugar para la innovación tecnológica, a partir de la diferencia espacial entre los sistemas de valor. Por esta razón, dependió del comercio a larga distancia.

Por otro lado, el capital industrial obtiene el plusvalor tanto mediante la incorporación de nuevos obreros-consumidores como a través de la mejora de la productividad laboral, es

³¹ Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, 1, México, Siglo XXI, 2007, pp. 373-374.

decir, a través de la diferenciación temporal del sistema de valor.³² El capital, que está en competencia con otros capitales, no tiene otra opción que obtener el plusvalor de tal manera. De esto resulta la motivación para un desarrollo tecnológico constante del capital que lo destina, al mismo tiempo, a su fin: la acumulación del capital terminará cuando se interrumpa la innovación tecnológica y se agote el suministro de nuevos obreros-consumidores.

En resumidas cuentas, lo que quisiera decir es que el secreto de la economía capitalista debe buscarse no en el proceso de producción sino en el proceso de intercambio, lo que es el punto clave de la crítica de Marx a la «economía» política. Está es la razón por la cual Marx analizó la economía capitalista remontándose al intercambio de mercancías. A este respecto, necesitamos reconfirmar el significado de su comprensión de la mercancía en términos del fetiche.

5.

En el fundamento del movimiento del capital subyace la pulsión de acumular dinero. La sociedad capitalista se considera generalmente como una sociedad donde la gente está impulsada por el deseo material. Sin embargo, lo que impulsa al capitalista no es el deseo de cosas, sino el deseo de obtener el derecho o el poder de adquirir las cosas. En otras palabras, este deseo no es sensible sino «sensorialmente suprasensible», que se manifiesta bajo una forma abiertamente perversa, como Marx señaló, en el caso del atesorador. Esto se aplica también al capitalista, es decir, al atesorador racional.

Quisiera notar aquí que la pulsión del capital no es la pulsión del individuo. El capital, por naturaleza, está destinado a acumularse. Esto trasciende a la voluntad de cada individuo, quien es el portador de esta acumulación. Aun si alguien rechaza serlo, otra persona lo será en vez de él. Por esta razón, Marx relató en el prólogo a la primera edición de *El capital*: «Dos palabras para evitar posibles equívocos. No pinto de color de rosa, por cierto, las figuras del capitalista y el terrateniente. Pero aquí sólo se trata de *personas* en la medida en que son *la personificación de categorías económicas, portadores de determinadas relaciones e intereses de clase*. Mi punto

³² Incluso en la etapa del capital industrial, el capital obtiene el plusvalor no solamente a partir de la diferenciación temporal, sino también de la diferencia espacial. Esto quiere decir que en el capitalismo industrial también sobreviven los factores del capital comercial y del capital usurario. Aún así, la supremacía del capital industrial deriva de la forma en que obtiene el plusvalor, a través de la diferenciación temporal. En este sentido, el capital industrial se basa en la «explotación» en su doble sentido (aprovechando/desarrollando).

de vista, con arreglo al cual concibo como *proceso de historia natural el desarrollo de la formación económico-social*, menos que ningún otro podría responsabilizar al individuo por relaciones de las cuales él sigue siendo socialmente una creatura por más que subjetivamente pueda elevarse sobre las mismas».³³

Por lo tanto, el movimiento de acumulación del capital no se origina a partir de la voluntad o del deseo humano, sino que, por decirlo así, está impulsado por el «fetiche». La sociedad capitalista es una sociedad organizada por el fetiche que ha alcanzado su forma más desarrollada. Para demostrar cómo este fetiche-Espíritu se realiza a sí mismo, Marx necesitó escribir *El capital* siguiendo fielmente la lógica de Hegel.

No obstante lo dicho, la narración de *El capital* contiene algunas partes considerables que no concuerdan con la lógica de Hegel. Una de ellas es, como he mencionado más arriba, la presentación del valor-trabajo en el inicio del libro. En esencia, la teoría del valor-trabajo tiene validez únicamente en la etapa del capitalismo industrial, por lo que no debería ser explicada en el inicio. Otra parte problemática se encuentra hacia el final del primer volumen. Allí Marx dice que junto con el desarrollo de la economía capitalista, «se acrecienta también la rebeldía de la clase obrera, una clase cuyo número aumenta de manera constante y que es disciplinada, unida y organizada por el mecanismo mismo del proceso capitalista de producción [...] La concentración de los medios de producción y la socialización del trabajo alcanzan un punto en que son incompatibles con su corteza capitalista. Se la hace saltar. *Suena la hora postrera de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados*».³⁴

Este punto de vista representa, más bien, la fórmula del materialismo histórico, que no puede sacar a la luz la «necesaria ruina» de la economía capitalista.³⁵ Consideremos nuevamente

³³ Marx, *op. cit.*, p. 8 [Prólogo a la primera edición].

³⁴ Karl Marx, *El capital*, Tomo I / Vol.3, México, Siglo XXI, 2009, p. 953 [Libro Primero, Sección Séptima, Capítulo XXIV].

³⁵ Marx no rechazó considerar la lucha de clases como el motor principal de la historia. En *El capital*, sin embargo, la vio desde un punto de vista diferente a las relaciones «productivas». La lucha de clases aparece allí a través de las relaciones «conmutativas» entre el acreedor y el deudor: «La lucha de clases en el mundo antiguo, por ejemplo, se desenvuelve principalmente bajo la forma de una lucha entre acreedores y deudores, y termina en Roma con la decadencia del deudor plebeyo, al que sustituyen los esclavos. En la Edad Media la lucha finaliza con la decadencia del deudor feudal, que con su base económica pierde también su poder político. Aun así, la forma dineraria —y la relación entre el acreedor y el deudor reviste la forma de una relación dineraria— en estos casos no hace más que reflejar el antagonismo entre condiciones económicas de vida ubicadas en estratos más profundos» (Karl Marx, *El capital*, Tomo I / Vol.1, México, Siglo XXI, 2008, pp. 165-166 [Libro Primero, Sección Primera, Capítulo III]).

aquí cuál era la intención de Marx cuando manifestó su pretensión de invertir a Hegel en *El capital*. Al final de la introducción a su *Filosofía del derecho*, Hegel escribió la siguiente frase: «Sólo cuando irrumpe el ocaso inicia su vuelo el búho de Minerva»,³⁶ queriendo decir que el conocimiento filosófico, que capta de forma racional la realidad para sublimarla en un concepto, se hace viable únicamente después de que cierta realidad histórica hubo terminado su desarrollo.

Lo que Marx intentó en *El capital* es dar la vuelta a esta idea, de tal manera que sostuvo que cierta realidad histórica llega a su fin cuando ella misma ha sido captada completamente. La «intelección positiva» de la economía capitalista revela por sí la necesidad de su ruina (fin). Por esta razón, en *El capital*, Marx no necesitó condenar particularmente el capitalismo ni alentar las luchas obreras, aun si lo hizo en otras obras. Tampoco le era necesario predicar la ruina de la economía capitalista. Lo necesario era esclarecer, de manera histórica y sistemática, la economía capitalista en su totalidad.

Sin embargo, la «intelección positiva» de la economía capitalista en su totalidad no se realiza suficientemente en el primer volumen de *El capital*, sino que se vuelve viable exclusivamente al nivel en que dicha economía se organiza a través del sistema «crediticio». Es decir, en la etapa en que el capital aparece bajo la forma del capital accionario que, de hecho, Marx intentó examinar en el tercer volumen de la misma obra. Al tratar la «concentración de los medios de producción y la socialización del trabajo», Marx tenía en cuenta el capital accionario.

A pesar de que se trata en el tercer volumen, el tema del capital accionario no se destaca mucho en *El capital*. La razón es que el mismo volumen culmina en «las clases». Desde mi perspectiva, el último capítulo de *El capital* debería tratar el capital accionario en lugar de «las clases» por el siguiente motivo. Marx dice en el inicio: «La riqueza de las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista se presenta como un “enorme cúmulo de mercancías”, y la mercancía individual como la forma elemental de esa riqueza. Nuestra investigación, por consiguiente, se inicia con el análisis de la mercancía».³⁷ La mercancía que se encuentra aquí no puede ser una mera «cosa», sino algo que se convierte, tarde o temprano, en dinero y en capital. En el lenguaje de Marx, ya es un «fetiche», es decir, la cosa a la que se adhiere el espíritu. En la etapa del capital accionario, finalmente, el mismo capital llega a ser vendido como mercancía.

³⁶ Georg W. F. Hegel, *Rasgos fundamentales de la filosofía del derecho, o compendio de derecho natural y ciencia del estado*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, p. 77.

³⁷ Karl Marx, *El capital*, Tomo I / Vol.1, México, Siglo XXI, 2008, p. 43 [Libro Primero, Sección Primera, Capítulo I].

El «enorme cúmulo de mercancías» mencionado en el inicio de *El capital* incluye el capital mercantilizado, es decir, el capital accionario. En este sentido, de manera hegeliana, el inicio está intermediado por el fin. En otras palabras, cuando esta mercancía inicial se convierte en el capital accionario, o sea, cuando el Espíritu (*Geist*) simple que se adhiere a la cosa se desarrolla para ser el Espíritu Absoluto, se pone fin a su desarrollo. De esta manera, *El capital* como obra sistemática podría haber cumplido, siguiendo fielmente la dialéctica hegeliana, su «inversión». Por esta razón, *El capital* debe haber terminado por el capital accionario o la sociedad por acciones.

El capital accionario es la última forma del capital. Sin embargo, no es una forma completamente nueva, sino que es un retorno de las formas iniciales. Veámoslo desde otro punto de vista. En *El capital*, Marx presentó las siguientes tres fórmulas como formas de acumulación del capital:

- | | |
|--------------------------|-------------|
| (I) Capital Comercial | D—M—D´ |
| (II) Capital Usuario | D—D´ |
| (III) Capital Industrial | D—M—P—M´—D´ |

En el capital usurario (II), a diferencia del capital comercial (I), no hace falta experimentar el «salto mortal» de comprar y vender las mercancías, pues el dinero invertido vuelve con interés. Por supuesto que el primero (II) no puede existir sin el último (I), que proporciona el interés. Sin embargo, en el capital usurario se ha realizado, en un sentido, el deseo del atesorador que acumula dinero sin ejercer ninguna compraventa.

En el lenguaje de Marx, el capital comercial y el capital usurario son la forma «antediluviana» del capitalismo,³⁸ por lo que son superados y absorbidos por el capital industrial moderno para ser sus factores. Por ejemplo, el capital comercial se convierte en el capital mercantil que suple una parte del proceso de acumulación del capital industrial, y el capital usurario en el capital que rinde interés representado por el banco. Por consiguiente, los economistas clásicos, cuyo pensamiento se basaba en el capital industrial, rechazaron al mercantilismo y al bullionismo, considerándolos como supersticiones anticuadas. Sin embargo,

³⁸ Karl Marx, *El capital*, Tomo III / Vol.7, México, Siglo XXI, 2009, p. 765 [Libro Tercero, Sección Quinta, Capítulo XXXVI].

la forma acumulativa del capital no termina con la (III). Más tarde, la (I) y la (II) llegan a tener ventaja y, finalmente, la (II) acaba por incorporar todas las demás formas acumulativas del capital, bajo la forma del capital accionario o del capital financiero.

La sociedad por acciones (la sociedad anónima) se estableció con el propósito de reunir las inversiones. Había existido ya en el siglo XIII en Italia, y luego en el siglo XVII llegó a adquirir una gran envergadura, como por ejemplo la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales y la Compañía Británica de las Indias Orientales, aunque eran exclusivamente para el capital comercial. Debido al desarrollo de la revolución industrial, la sociedad por acciones para el capital industrial se multiplicó en Inglaterra, junto con el drástico aumento del número de negocios que necesitaban una gran cantidad de fondos. Este tipo de sociedades prosperaron especialmente en el mismo país, después de la legalización de la responsabilidad limitada del accionista en 1856. Con esta legalización se produjo la apertura de la libre transferencia del capital accionario, es decir, llegó a ser comprado y vendido como mercancía.

Con el capital accionario, la ganancia del capital industrial toma la forma de interés. En otras palabras, la forma (III) se convierte en la (II). Desde otro punto de vista, con el capital accionario el capital se trata como mercancía. El capital, que arrancó como fetiche de la mercancía, se realiza a sí mismo por completo en el capital accionario. Esto quiere decir que el fetiche llega a dominar la totalidad de la producción. Marx dice: «Aquí queda consumada la figura fetichista del capital y la idea del fetiche capitalista. En D—D' tenemos la forma no conceptual del capital, la inversión y confiscación de las relaciones de producción en la potencia suprema: la figura que devenga interés, la figura simple del capital, en la cual el capital está presupuesto a su propio proceso de reproducción; capacidad del dinero, o en su caso de la mercancía, de valorizar su propio valor, independientemente de la reproducción; la mistificación del capital en su forma más estridente».³⁹

A diferencia del capital industrial, la acumulación en el caso del capital accionario o el capital financiero no se lleva a cabo mediante la explotación directa de los obreros. Se realiza, más bien, como en los casos del capital comercial y del capital usurario, a través de la transacción especulativa. Sin embargo, la acumulación del capital financiero incorpora indirectamente el plusvalor del capital industrial, que se encuentra en un rango inferior. Por esta razón se produce, sin que nadie se de cuenta, el abismo entre ricos y pobres. Y esto es justamente lo que está sucediendo actualmente a escala global, junto con la expansión del neoliberalismo.

³⁹ *Ibid.*, p. 501 [Libro Tercero, Sección Quinta, Capítulo XXIV].

6.

Reitero que el fetiche toma su forma suprema en el capital accionario. Así como el Espíritu Absoluto abarca todos los factores anteriores en el sistema de Hegel, el capital accionario es el «fetiche absoluto» que engloba todas las formas acumulativas del capital. Entonces, ¿cómo se podría demostrar que «en la intelección positiva de lo existente», la dialéctica «incluye también, al propio tiempo, la inteligencia de su negación, de su necesaria ruina»?⁴⁰

En el tercer volumen de *El capital*, Marx demostró la necesidad de la ruina del capital en la «ley de la baja tendencial de la tasa de ganancia». Es decir, el capital se obliga incesantemente a la acumulación de sí mismo (autoproliferación): «La tasa de ganancia es la fuerza impulsora en la producción capitalista, y sólo se produce lo que se puede producir con ganancia y en la medida en que pueda producirse con ganancia».⁴¹ Por consiguiente, cuando baja la tasa de ganancia, la producción capitalista llega a su fin: «La producción se detiene no allí donde esa detención se impone en virtud de la satisfacción de las necesidades, sino donde lo ordena la producción y realización de ganancias».⁴²

Por esta razón, la producción capitalista se ve obligada a «las constantes revoluciones en los métodos mismos de producción, [...] y la necesidad de mejorar la producción y de expandir su escala».⁴³ No obstante, «simultáneamente con el desarrollo de la fuerza productiva se eleva cada vez más la composición del capital, disminuye relativamente la parte variable con respecto a la parte constante».⁴⁴ Es decir que el desarrollo de la fuerza productiva aumenta la masa de ganancia (beneficios), pero al mismo tiempo disminuye la tasa de ganancia, porque la proporción del capital constante aumenta. La baja tendencial de la tasa de ganancia en el capital, o sea, el límite del capital, no se debe a ningún otro factor. Según Marx, «el verdadero límite de la producción capitalista lo es *el propio capital*».⁴⁵

⁴⁰ Karl Marx, *El capital*, Tomo I / Vol.1, México, Siglo XXI, 2008, p. 20 [Epílogo a la Segunda Edición].

⁴¹ Karl Marx, *El capital*, Tomo III / Vol.6, México, Siglo XXI, 2009, p. 332 [Libro Tercero, Sección Tercera, Capítulo XV].

⁴² *Ibid.*, p. 332 [Libro Tercero, Sección Tercera, Capítulo XV].

⁴³ *Ibid.*, p. 314 [Libro Tercero, Sección Tercera, Capítulo XV].

⁴⁴ *Ibid.*, P. 320 [Libro Tercero, Sección Tercera, Capítulo XV].

⁴⁵ *Ibid.*, P. 321 [Libro Tercero, Sección Tercera, Capítulo XV].

Debemos prestar atención aquí al hecho de que Marx además señala que «el desarrollo de la fuerza productiva del trabajo genera, en el caso de la baja de la tasa de ganancia, una ley que en cierto punto se opone con la mayor hostilidad al propio desarrollo de esa fuerza productiva, por lo cual hay que superarla constantemente por medio de crisis».⁴⁶ De la misma forma, en el tercer volumen, Marx explica plenamente la crisis después de su argumentación sobre el sistema crediticio, que incluye el capital accionario. En este sentido, lo importante aquí es que Marx comprende el hecho de que la crisis en sí no es la causa de la caída del capitalismo, sino más bien que es un «síntoma» de superación de los límites immanentes por parte del mismo capital.

Desde la década de 1840, Marx había mostrado gran interés por la crisis, pues tenía la expectativa de que la crisis mundial desembocara en una revolución mundial. Sin embargo, el motivo de su seria consideración sobre este tema reside, más bien, en el hecho de que en 1857 no ocurrió ninguna revolución, a pesar de que hubo una crisis mundial. Podemos decir que fue después de este suceso cuando él comenzó a estudiar plenamente la economía capitalista. Bajo su anterior punto de vista, la crisis ocurre a causa de la sobreproducción (exceso de mercancía) ocasionada por una producción anárquica. Esta perspectiva se mantuvo también en los *Grundrisse*. Marx cambió la idea en la década de 1860, cuando comenzó a abordar el problema de la crisis periódica.

Anteriormente, habían tenido lugar varias crisis, incluyendo la «tulipomanía» de los Países Bajos (1634-37), la mayoría de las cuales fueron provocadas por las transacciones especulativas. Sin embargo, las crisis ocurridas a partir de 1825 en Inglaterra fueron de una naturaleza distinta a las anteriores. Las nuevas crisis emergieron junto con cierta perfección del capitalismo industrial. El hecho de que la crisis ocurre con periodicidad invalidó la idea que la explicaba a partir del fracaso en la política económica o a causa de la producción anárquica. Además, la crisis periódica no implica la ruina del capitalismo, sino que, por el contrario, implica la proliferación del capital para elevar el nivel de su composición orgánica a través del ciclo económico, del cual la crisis y la depresión forman parte. Esto significa que el capital no tiene otra medida para resolver su contradicción inmanente que la crisis. «Éstas [las crisis] siempre son sólo soluciones violentas momentáneas de las contradicciones existentes, erupciones violentas que restablecen por el momento el equilibrio perturbado».⁴⁷ Es decir, la crisis no es algo que beneficie el derrumbamiento del capitalismo, sino que sólo revela que el capital no tiene otra forma de solución.

⁴⁶ *Ibid.*, P. 331 [Libro Tercero, Sección Tercera, Capítulo XV].

⁴⁷ *Ibid.*, P. 320 [Libro Tercero, Sección Tercera, Capítulo XV].

Como he mencionado más arriba, Marx trata la crisis posteriormente a un análisis detallado sobre el crédito, pues la crisis propia del capitalismo industrial emergió justo cuando el sistema crediticio, que incluye entidades como la sociedad por acciones y los bancos, llegó a cierto grado de perfeccionamiento. Según Marx, la crisis ocurre de la siguiente manera: en la época de prosperidad escasea la mano de obra y aumenta el salario. Por consiguiente, baja la tasa de ganancia, aunque no lo parezca, debido al efecto crediticio. Entonces la producción continúa conforme a la aparente demanda. Luego ocurre una crisis, primero como crisis crediticia, a través de la cual se revela la sobreproducción de mercancías. En este momento se abandona el capital constante (instalaciones productivas) que se utilizaba hasta entonces. Se sigue la recesión económica, donde bajan el salario y la tasa de interés, por lo que se dan comienzo a nuevas inversiones en instalaciones y nuevos empleos, que conllevan la siguiente época de prosperidad, después de la cual llega otra crisis. Todo esto se repite en un ciclo de casi diez años.⁴⁸

El mencionado proceso indica los siguientes puntos. Primero, la crisis periódica ocurre, aunque no se deba a la transacción especulativa, únicamente bajo un sistema «crediticio» bien desarrollado. Segundo, la causa de la crisis crediticia es una contradicción propia del capital industrial. El capital industrial depende de una mercancía especial, es decir, la mercancía que produce mercancías para volver a comprarlas. Sin embargo, el capital no puede producir por sí mismo esta mercancía especial: la mercancía fuerza de trabajo. Ésta es la «naturaleza» externa para el capital, que no obra como él desea. Justo en el momento en que el fetiche del capital parece haberse perfeccionado como capital accionario, la naturaleza apareció tomando la forma de crisis y revelando su carácter ficticio.

7.

Curiosamente, el ciclo económico que Marx había abordado desapareció con la última crisis de 1873. Esto no significa, por supuesto, que las dificultades que la producción capitalista conlleva se resolvieran, sino que resultó simplemente en una larga y crónica depresión. La razón es que el capital abandonó la manera anterior de mejorar su composición orgánica a través de

⁴⁸ De forma detallada, la crisis periódica que Marx trató en *El capital* ocurrió por primera vez en 1825, y luego en 1836, 1847, 1857, 1866 y 1873. Cuando él escribió el borrador del tercer volumen, es probable que estuviera experimentando la de 1866. Respecto a la de 1873, sin embargo, no pudo saber que era la última crisis periódica, porque murió en 1883. En este sentido, *El capital* trata la economía capitalista anterior a la década de 1870. No obstante, se puede decir que la crisis periódica del tiempo de Marx le permitió a él tal consideración científica sobre la crisis.

la crisis: el capital dejó de invertir en la industria manufacturera para dirigirse a la inversión en el extranjero. Es decir, llegó a adoptar la forma acumulativa del capital comercial y del capital usurario en lugar de la forma acumulativa del capital industrial.

En realidad, esto era un fenómeno particularmente observado en Inglaterra, el país que hasta entonces representaba la hegemonía del capitalismo mundial gracias a su supremacía en la industria algodonera, pero que llegó a encontrarse en un callejón sin salida debido al desarrollo de la industria pesada en Alemania y en los Estados Unidos. En un sentido, la crisis periódica era un fenómeno propio del capitalismo británico, que se centraba en la industria algodonera, aunque causó cierto impacto en otros países. La crisis descartó el existente capital constante, pero esto no provocó mucho problema, porque las máquinas duraron, como mucho, casi diez años. Por esta razón, se realizó la mejora de la composición orgánica del capital a través de la crisis.

Por contraste, en la industria pesada se invalidó tal solución debido a la corpulencia del capital constante. En Inglaterra, el capital abandonó la conversión en la industria pesada. O mejor dicho, abandonó la forma acumulativa del capital industrial y retornó a las formas acumulativas del capital comercial y del capital usurario. Es por ello que Inglaterra mantuvo su hegemonía en el campo de finanzas y comercio, aunque se encontró en declive en la industria manufacturera. Por otra parte, en Alemania y en los Estados Unidos, se llevó a cabo la transición a la industria pesada. Lo que possibilitó esta transición era un nuevo tipo de capital accionario.

La desaparición de la crisis periódica y la gran transformación de la sociedad por acciones son fenómenos correlativos. La sociedad por acciones se volvió particularmente significativa cuando se transformó de una forma de inversión colectiva a un recurso para fusionar y concentrar el capital sin descartar el existente capital constante. Sin embargo, esto sucedió no en Inglaterra sino en Alemania y en los Estados Unidos. Cuando editó el tercer volumen de *El capital*, Engels le agregó la siguiente nota: «Desde que Marx escribiera lo anterior, se han desarrollado, como es sabido, nuevas formas de la actividad industrial que constituyen la segunda y tercera potencias de la sociedad por acciones».⁴⁹ De hecho, su explicación toma como ejemplo Alemania y los Estados Unidos.

En relación a esto, es notable el hecho de que, después de la década de 1860, la industria pesada se desarrolló rápidamente en Alemania y en los Estados Unidos. En Inglaterra, donde la industria ligera era predominante, la mayoría eran capitalistas individuales y el capital accionario era complementario. Por contraste, Alemania y los Estados Unidos —países de un

⁴⁹ Karl Marx, *El capital*, Tomo III / Vol.7, México, Siglo XXI, 2009, p. 564 [Libro Tercero, Sección Quinta, Capítulo XXVII].

desarrollo tardío— se orientaron hacia la industria pesada bajo el apoyo del Estado, lo que desembocó en la conformación de empresas gigantescas. Fue en ese momento cuando la sociedad por acciones desempeñó un papel signficante. Hilferding prestó atención a este fenómeno y subrayó nuevamente el hecho de que Marx había visto en la sociedad por acciones el factor de «la abolición del modo capitalista de producción dentro del propio modo capitalista de producción».⁵⁰

Hilferding denominó la amalgama del capital bancario y el capital accionario «capital financiero» y lo consideró como «la fase última de desarrollo del capitalismo», porque allí la producción se integra al máximo y queda «socializada». En esta etapa él vio el fundamento real del socialismo venidero.⁵¹ Sin embargo, en mi perspectiva, el capital financiero nacido en Alemania y en los Estados Unidos conlleva un carácter peculiar, que responde al carácter específico de un país capitalista tardíamente desarrollado. Originalmente, estos países apuntaron a rivalizar con Inglaterra, a través del desarrollo de la industria pesada bajo apoyo estatal. Para cumplir esta tarea, eran imprescindibles las sociedades por acciones y los megabancos que posibilitaban inversiones gigantescas. En este sentido, en el capital financiero puede considerarse como algo positivo, pues es imprescindible para los países capitalistas del desarrollo tardío. Sin embargo, no podemos calificarlo como «la fase última de desarrollo del capitalismo», ya que ésta debería buscarse, más bien, en el capitalismo británico.

Naturalmente, no podemos encontrar ningún significado positivo allí. Sin embargo, desde un punto de vista actual, el capitalismo británico sugiere un indicador del camino que ha seguido el capitalismo global. En *El imperialismo* (1917), Lenin heredó *El capital financiero* de Hilferding y, al mismo tiempo, lo criticó por su falta de consideración sobre «el parasitismo y la descomposición del capitalismo», argumentando que esta consideración se encontraba más bien en *El estudio del imperialismo* (1902) del inglés Hobson, «pacifista y reformista declarado».⁵² La razón es que, sobre todo, Hobson intentó explicar el imperialismo a partir de la situación del capitalismo británico de finales del siglo XIX. Fue en Inglaterra donde «el parasitismo y la descomposición» del capitalismo financiero se hicieron prominentes.⁵³

⁵⁰ *Ibid.*, p. 565 [Libro Tercero, Sección Quinta, Capítulo XXVII].

⁵¹ Rudolf Hilferding, *El capital financiero*, Madrid, Tecnos, 1984.

⁵² V. I. Lenin, *EL imperialismo, fase superior del capitalismo*, Moscú, Progreso, 1961, p. 3.

⁵³ En su *Estudio del imperialismo*, Hobson señaló que el exceso del capital y su exportación en Inglaterra habían provocado el subconsumo y el ahorro excesivo y, definitivamente, las desigualdades de la distribución de riqueza. Frente a esta situación, insistió en que debía emprenderse, en vez de la inversión

Cuando era el Estado hegemónico en el capitalismo mundial, Inglaterra puso en marcha una política de libre comercio, mientras promovía en el interior del país la protección y el bienestar de la clase obrera, ya que el sindicato se había legalizado y las leyes fabriles se habían reforzado después de la Revolución de 1848. No obstante, después de 1870, el capital británico abandonó la industria manufacturera y los obreros nacionales, dirigiéndose hacia la inversión en el extranjero, las finanzas y la especulación. Hasta entonces, Inglaterra era un imperio con muchas colonias que sin embargo eran, prácticamente, Estados sin autonomía arancelaria. Inglaterra, por ejemplo, comerciaba con el Imperio Mogol por medio de la Compañía Británica de las Indias Orientales, pero jamás intervino en sus asuntos internos. Inglaterra se volvió «imperialista» cuando emprendió la «exportación del capital» hacia tales colonias. El ejemplo que indica literalmente este cambio es el hecho de que la Compañía Británica de las Indias Orientales abdicó del emperador del Imperio Mogol en 1876, para sustituirlo por la reina Victoria como emperatriz de la India.

La razón por la cual la siguiente opinión de Hannah Arendt sobre el imperialismo es más sugestiva que la de Hilferding reside también en el hecho de que ella estudió el imperialismo enfocándose primariamente en Inglaterra: «El imperialismo debe ser considerado primera fase de la dominación política de la burguesía más que como última fase de capitalismo. Es bien sabido cuán poco habían aspirado a gobernar las clases poseedoras, cuán contentas se habían mostrado por cada género de Estado al que pudieran confiar la protección de los derechos de propiedad».⁵⁴

En la perspectiva de Arendt, la «emancipación política de la burguesía» comenzó en la etapa del imperialismo. En otras palabras, ahí comenzó la dictadura del capitalismo. En los términos del marxismo ortodoxo, el régimen posterior a la revolución burguesa se considera como la dictadura de la burguesía, que estaba, sin embargo, muy lejos de la dictadura del capitalismo. Tanto en la Revolución Francesa como en la Revolución de 1848, lo que se llevó a cabo era, más bien, un régimen que emancipó a la nación (el pueblo) no solamente de la autocracia del rey o aristócrata sino también de la del capital. El Estado capitalista moderno consiste en la unión de los distintos elementos: el Estado, la nación y el capital. En breve, el Estado-Nación-Capital es un sistema que resuelve la diferencia entre clases generada por el

en el extranjero o la especulación financiera, una política que ejecutara la redistribución equitativa de riqueza en el interior del país (J. A. Hobson, *Estudio del imperialismo*, Madrid, Alianza, 1981). Su opinión es similar a la crítica keynesiana contra el «neoliberalismo» actual. Sin embargo, el neoliberalismo debe considerarse, no como una política económica que un país puede adoptar libremente sino, al igual que el imperialismo, como una etapa histórica del capitalismo.

⁵⁴ Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Taurus, 1998, p. 127.

capitalismo, a través de la imposición-redistribución del Estado, para estabilizar la nación como comunidad imaginada.

Sin embargo, este sistema trinitario funciona, como se vio en el caso de Inglaterra, únicamente en la etapa del liberalismo. No funciona ya en la etapa del imperialismo. Para su persistencia, el capital abandona a la clase obrera y penetra en el extranjero, respaldado política y militarmente por el Estado. En este momento, la nación como comunidad imaginada es sacrificada y sufre la transformación hacia un nacionalismo xenófobo y chovinista. Este fenómeno, donde el capital se libra de sus atenciones a la nación es lo que Arendt llama «emancipación política de la burguesía», que ocurrió por primera vez después de la revolución burguesa, a fines del siglo XIX, aunque no por última vez. El «neoliberalismo» que ha dominado todo el globo desde finales del siglo XX es una repetición suya, por lo que debe ser más bien llamado «neoimperialismo».⁵⁵

Cuando miramos hacia atrás, atendiendo a las circunstancias después de 1873, queda bien claro que *El capital* fue escrito en la época en que Inglaterra era un Estado hegemónico que ejercía una política liberal. Bajo esta situación, Marx pudo examinar la economía capitalista poniendo al Estado entre paréntesis, y también pudo tener la perspectiva para considerar el capitalismo mundial sólo a través del análisis de la economía británica. Esta condición se perdió repentinamente después de la década de 1870. A pesar de ello, *El capital* nos da suficientes pistas para comprender el mundo posterior a su tiempo.

La comprensión de Marx de que «el *verdadero límite* de la producción capitalista lo es *el propio capital*» se aplica más bien a la economía capitalista que tiene lugar después de *El capital*. Su tesis sobre el descenso de la tasa de ganancia o el exceso del capital implica que el capitalismo no puede existir salvo de manera global. Dentro de la economía de un solo país,

⁵⁵ Como he relatado en *La estructura de la historia mundial*, en cuanto al imperialismo y al liberalismo, sigo la noción del historiador Wallerstein. En su perspectiva, el liberalismo es una política que el Estado hegemónico adopta, mientras que el imperialismo se refiere a la situación donde el Estado hegemónico está ausente, es decir, donde el Estado hegemónico ha decaído y varios Estados luchan entre sí por la siguiente hegemonía. Además, según él, ha habido sólo tres Estados hegemónicos en la historia de la economía mundial moderna: los Países Bajos, el Reino Unido y los Estados Unidos (Véase Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial II: El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea, 1600-1750*, México, Siglo XXI, 2011, p. 51). De aquí podemos presumir lo siguiente. Primero, la etapa liberal y la etapa imperialista se repiten alternativamente, por lo que el neoliberalismo debería llamarse neoimperialismo. Segundo, éste comenzó junto con la decadencia de los Estados Unidos y continuará hasta que se establezca el próximo Estado hegemónico, si su establecimiento es realmente viable; y si el capitalismo sobrevive hasta ese momento.

tiene lugar inmediatamente el descenso de la tasa de ganancia. La acumulación del capital sólo es posible creando la mercancía fuerza de trabajo a escala global, es decir, la mercancía que es capaz de producir nuevas mercancías y volver a comprarlas.

De ahí la necesidad de la globalización del capitalismo que, sin embargo, conduce tarde o temprano al descenso de la tasa de ganancia. En este proceso, se destruyen el medio ambiente y la vida humana que ha existido desde antes de la Edad Moderna. Pero el capital no puede sobrevivir sin repetir dicho proceso. Desde ahora en adelante, la acumulación del capital se volverá más y más difícil. Pese a ello, el capital no dejará de acumularse. Piensen lo que piensen los individuos, la pulsión de autoproliferación del capital jamás desaparecerá, pues es el poder del «fetiche del capital». Precisamente por eso, *El capital*, la obra que captó este poder, es todavía importante.

Traducción de Yutaka Makioka y Andrea Ugalde

Fuente: Revista Gendai Shisō, la edición extra de Junio de 2017, Tokio, Japón